



Nueva York

Texto y fotos: **Carlos M. Martín**

A ninguna otra ciudad del orbe se le permitiría autoproclamarse «capital del mundo». Nueva York provoca en el visitante, indefectiblemente, un impacto emocional abrumador, producto de la extraña sensación de armonía que transmite este ciclópeo bosque arquitectónico compuesto por edificios que parecen intentar retorcer su propia estructura para elevarse en busca de la luz celeste.

A pesar de la herida que abrió en el corazón de sus habitantes el suceso brutal que provocó el hundimiento de las Torres Gemelas, Nueva York es una ciudad festiva. Un espacio-esenario. Allí se representan anualmente centenares de festejos callejeros para el recreo de su animosa y participativa población. Resultará prácticamente imposible no topar en nuestro

paseo con una cabalgata organizada por un gran centro comercial, un desfile de perros ataviados con los más estrafalarios disfraces o una convención de bomberos que recorren alborozadamente las calles de Manhattan.

Paul Morand escribía, inmediatamente después del desastre económico de 1929, que «Manhattan ocupa el escenario, brilla, seduce; ofrece sus placeres, hace circular el dinero, vence, consume, gasta con gran lucimiento; pero, por detrás, es el Bronx quien le viste, Brooklyn quien le alimenta, New Jersey quien forja el acero de sus casas.» Tres cuartos de siglo después el panorama no ha variado sustancialmente. Manhattan sigue siendo la cara maquillada que pone rostro a la ciudad. Un espacio urbano sobrecogedor y seductor a un tiempo, en el que la luz del día juega un papel singular, debido al efecto de la iluminación reticular que impone su orde-

nada y abrumadora arquitectura. La insolación parece jugar a iluminar las calles que coinciden con el arco central de la alineación solar de cada momento, para que el ánimo de la ciudad cambie permanentemente. A un amanecer triste y apagado sucede, con un simple cambio de emplazamiento, una mañana de irradiación esplendorosa en la avenida contigua. Hay en Manhattan dos ciudades. Una es la de la humanidad desbordante, multirracial, la de la torre de Babel de la opulencia y la miseria que se aferra al nivel del asfalto para sobrevivir en un laberinto de singladuras personales que conviven en inexplicable equilibrio. La otra comienza a partir del nivel de los dos metros de elevación sobre el suelo, allí donde acaba la ciudad humana, cuando se alza la vista para enmudecer ante el asombroso espectáculo de los monstruos arquitectónicos. Para obtener la sensación



seducción vertical

de poder dominar, siquiera por unos segundos, la jungla asfáltica de Manhattan hay que encaramarse hasta uno de los oteaderos del Empire State Building. Los atardeceres resultan especialmente recomendables. El visitante se olvida del tiempo y deja a su imaginación sumergirse en un embrollo de luminarias palpitantes que se escenifica para recreo de su estupefacta mirada.

Las luces del día se van apagando y la ciudad vuelve a envolverse en la sombra endémica que provoca su gigantesca arquitectura. Es el momento de visitar Times Square.

Una abrumadora descarga de luz multicolor acomete al visitante primerizo, que se sentirá inmediatamente emborrachado del celeberrimo espíritu consumista de la ciudad. Todo en Nueva York se traduce en dinero o se transforma en dólares. Y la invitación al consumo termina por arrastrar a sus habitantes en una especie de «huída hacia adelante», de la que parecen depender las diferentes estructuras económicas de este hormiguero urbano.

Debe el visitante reservar una parte importante del tiempo de que disponga en Nueva York para recorrer

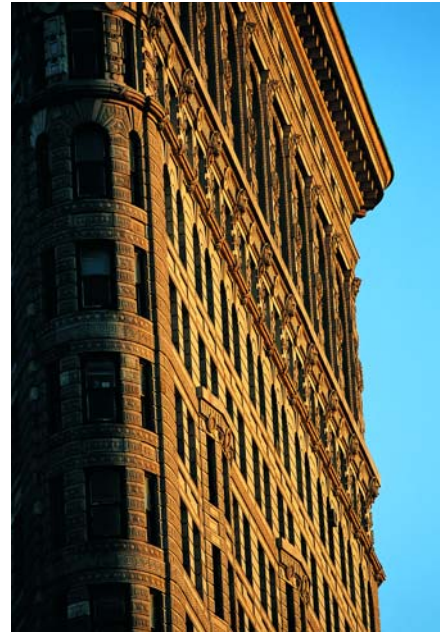
pacienzudamente la denominada «milla de los museos» en la emblemática Quinta Avenida. La referencia museística inexcusable de Nueva York radica en su Museo Metropolitano. El visitante se verá desbordado al intentar contemplar los más de tres millones de objetos que reúne el Metropolitan Museum of Art, pero en muchas fases del recorrido el turista español se sentirá como en casa, cuando descubra en sus estancias la reja que otrora cerrase el espacio de culto de la catedral de Valladolid, o el patio —¡ha leído bien el lector: el patio plateresco entero con sus galerías



Grand Army Plaza. Brooklyn

porticadas en dos alturas, su escalera, salón principal y artesonado!- del castillo malacitano de Vélez Blanco, que viajó desmembrado al otro lado del Atlántico, del mismo modo que lo hicieron muchas obras de la genial creación del Medioevo castellano o catalán. El Metropolitan tiene un brazo desgajado ubicado en el Fort Tryron Park,

disiecta membra donde se recogen restos del arte altomedieval que abandonaron sus emplazamientos seculares para recalar a la vera del río Hudson. Al visitar Los Claustros sentiremos la inquietud de un rescoldo hiriente, que nos mueve a la meditación sobre la desidia histórica que dejó arrancar de nuestro continente obras irrepetibles.



Flatiron Building



Edificio Chrysler

De las paredes de este museo colgaron durante decenios algunas de las pinturas murales de la iglesia mozárabe soriana de San Baudelio de Berlanga. Quisimos recuperarlas a cambio del ábside de una ermita de Fuentidueña. El trueque llevó la cabecera románica de la iglesia segoviana a Nueva York, pero los frescos, en lugar de retornar a



Times Square

su ermita de procedencia, acabaron en un museo madrileño.

La biblioteca Pierpont Morgan es el legado que dejó a la ciudad un adinerado banquero. Cuenta con una extraordinaria colección de manuscritos y libros, entre los que se incluyen el soberbio Beato de San Miguel o una de las escasas Biblias de Gutenberg que han resistido el paso de los siglos. La decoración interior del edificio justifica una detenida visita.

Financial District es el barrio que etiqueta a Manhattan. El «termómetro económico» del mundo marca su temperatura desde el emblemático edificio de la Bolsa en Wall Street. Pasear a la vera del enorme vacío que dejaron las Torres Gemelas provoca, todavía, una sensación de doloroso silencio que se abre paso entre la vorágine del entorno. Un aura de hielo ha quedado prendida del aire en este desolador paraje urbano.

No debemos dejar de descubrir la cara interétnica de Manhattan. Harlem debe ser visitado en la mañana del domingo. Acudir a un acto religioso resulta casi obligado. Invasión al visitante la sensación de haber retrocedido medio siglo, y, por un instante, se creará rodeado de actores que representan una película encuadrada cronológicamente en la década de los cincuenta. Chinatown amenaza con fagocitar las entrañas de Manhattan. Es un barrio creciente y expansivo—la mayor concentración de etnia foránea— que comienza a engullir los vecinos barrios judío e italiano. Little Italy conserva, pese al avance del vecindario oriental, las esencias de la inmigración en forma de aromas de cocina italiana. Conserva esa tendencia al caos ciudadano que caracteriza a los barrios latinos. Es, sin ninguna duda, lugar para deambular sin un rumbo demasiado fijo.

Greenwich Village ha cedido su antigua vitola de barrio bohemio ante la presión de la especulación urbanística. Fue, en tiempos, una auténtica población rural, en la que los propios límites de las antiguas granjas han condicionado una estructura urbana anárquica, que sorprenderá al visitante, acostumbrado a la impecable geografía reticular del corazón de Manhattan. Más al sur, TriBeCa—Triangle Below Canal— es zona que goza de especial auge y predicamento. Atrajo a los artistas que antes se asentaban más hacia oriente, en el barrio de SoHo—South of Houston—, cuya arquitectura basada en el acero constituye uno de los más significados atractivos de Manhattan. SoHo es, también, el barrio de las galerías de arte y de las tiendas y restaurantes populares.

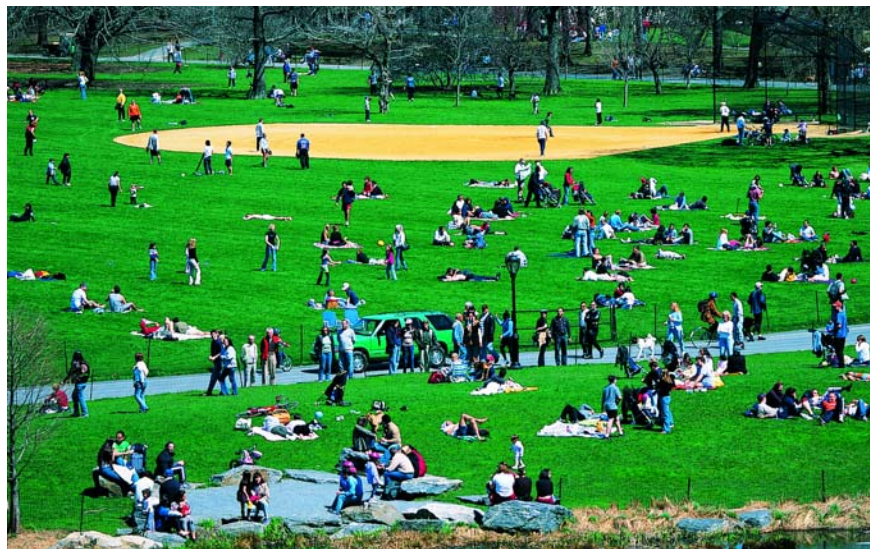
Central Park es, además de cita inexcusable, lugar ideal para relajarse



Manhattan Downtown. Puente de Brooklyn

y para entender eso que llaman el «estilo de vida americano». Lo comprenderá el viajero al contemplar a centenares de niños blandiendo sus bates de béisbol esperando alcanzar la efímera recompensa de la alabanza paterna cuando consiga conectar, con fuerza, con la bola. Todo en Nueva York se mide en clave de triunfo o fracaso, y la competitividad alcanza hasta a los niños de corta edad. Para un europeo resultará chocante ver el desolador abandono en que rumia su fracaso el perdedor, mientras quien ha acertado en la suerte deportiva recibe parabienes de todos.

Queens agrupa parcelas residenciales y comerciales, en un amplio barrio cargado de atractivos y adornado con las pinceladas étnicas de comunidades griegas y asiáticas que se asientan en este rincón nororiental de la ciudad. Long Island City es lugar donde se concentran interesantes museos –como el dedicado a la cinematografía– y singulares pabellones –como el Hall of Science–.



Central Park

Mientras duren las obras que se realizan en la calle 33 de Manhattan para el reacondicionamiento del Museo de Arte Moderno –está prevista su reapertura en 2005– Long Island City acoge provisionalmente los fondos del MoMa, una de las más completas

colecciones de arte moderno datado a partir de 1880.

El acceso obligado a Brooklyn debe verificarse a través del puente que lleva el nombre de la barriada. La plaza Grand Army es magnífica referencia de orientación para adentrarnos en



Brooklyn y disfrutar de su espléndido Jardín Botánico o de su espectacular Museo de Arte, que une a su ejemplar resolución arquitectónica una colección de más de millón y medio de piezas de gran valor.

El Bronx, que extiende su caserío al noreste de la ciudad, cambió hace décadas su terno de próspera zona residencial por un aura de barrio poco favorecido, colonizado por la población de menores recursos. Allí se instala el agradable zoológico metropolitano y el interesante Botanical Garden.

Las cosas han cambiado mucho en cuanto se refiere a seguridad personal en Nueva York. Los barrios a los que tradicionalmente se asociaba una delincuencia violenta no deben intimidar al viajero que transite de día observando unas mínimas precauciones. Por el contrario, a la endémica fama de ciudad dura e implacable Nueva York opone la proverbial amabilidad de sus habitantes. Es muy probable que el viajero que se detenga en una encrucijada para desentrañar el plano callejero que le sirve de guía en su paseo se vea materialmente «asaltado» por un ejecutivo perfectamente trajeado que le pregunte: «¿puedo ayudarle?».

El catálogo de motivos turísticos de interés resulta sencillamente inagotable –Rockefeller Center, edificio de las Naciones Unidas, museos de Historia Natural o Solomon Guggenheim, catedral de San Patricio, Estación Central, Estatua de la Libertad...–. Nueva York es, en sí misma, seductora. Buena parte de su capacidad para hechizar al visitante radica en la extraordinaria calidad de su arquitectura urbana.

Los jalones históricos de la arquitectura civil nos descubrirán obras tan extraordinarias como el Flatiron o el Chrysler Building, entre una relación inagotable de obras maestras arquitectónicas.

Para extraer a la ciudad sus valores más sabrosos nada resulta más recomendable que perderse tranquila y anárquicamente por sus variopintas barriadas. ▢

Muy práctico

▶ Las temperaturas más amables se registran en primavera y otoño, estaciones en las que resulta particularmente recomendable la visita a la ciudad. La Navidad aporta el incentivo de una espectacular iluminación.

▶ Muchos trabajadores de la hostelería obtienen su principal fuente de subsistencia de las propinas. Para presupuestar sin sorpresas el importe de su consumición prevea un impuesto del 8,5% y una propina entre el 15 y el 20%.

▶ Una opción interesante es la tarjeta New York City Pass. Permite visitar, a mitad de precio, el Solomon R. Guggenheim Museum, el Museo de Historia Natural, el observatorio del Empire State –con un espectáculo audiovisual incluido– y el Museo de Arte Moderno –MOMA–, además de habilitar a su comprador para realizar un inexcusable recorrido en barco en torno a la isla de Manhattan a través de los ríos Hudson y East River y permitirle una visita al Intrepid Sea-Air Space Museum, una peculiar muestra de armamento militar instalada sobre un viejo portaviones que permite constatar la diferencia de talante con la que los americanos muestran un interés cargado de orgullo por sus viejas máquinas guerreras frente a la mirada escéptica del visitante europeo.



Little Italy

▶ La mejor panorámica de la celeberrima Estatua de la Libertad se consigue a bordo de uno de los barcos que rodean permanentemente la Gran Manzana. El transbordador que conecta con Staten Island es gratuito, circula las veinticuatro horas del día y ofrece vistas inigualables de los edificios de la ciudad.

▶ Metro Card es otra opción imprescindible para desplazarse por Nueva York. Se trata de una tarjeta de uso combinado que permite utilizar, sin limitación y durante las veinticuatro horas del día, el Metro y los autobuses. Puede elegirse entre opciones de 1 ó 7 días. Se puede adquirir en los hoteles y en los expendedores automáticos de las estaciones de Metro.

▶ Los puestos TKT venden entradas rebajadas para los espectáculos musicales –muchos de ellos disponen de traducciones simultáneas, incluido el castellano–. Si el viajero está dispuesto a soportar las habituales colas, obtendrá precios con sustanciales rebajas. Nueva York es la ciudad de la música. No se debe dejar de asistir a un espectáculo musical. Déjese, también, seducir por el vuelo de los acordes musicales en el Metropolitan Opera House. ¡La Traviata no le sonará igual en ninguna otra parte del mundo!

▶ En los hoteles encontrará el gratuito Guest Informant Map&Guide traducido al castellano, muy útil para desenvolverse en Nueva York.

